

—¡Y es valiente, la bribonzuela! —añade otro que lleva un parche en el ojo mientras sorteando un puñetazo de Juana que está a punto de averiarle el ojo sano.

—¡Atadla bien fuerte a la roca de la calavera! —aúlla el capitán hecho una furia, mientras señala un enorme pedrusco que en efecto parece una calavera gigante.

Tras un largo forcejeo, los bandidos logran inmovilizar a la chica. Entre todos la atan dando varias vueltas a una enorme soga. Después, hacen un nudo marinero imposible de desatar. Juana grita hasta desgañitarse:

—¡Qué vergüenza! Unos hombretones tan grandotes que tratan así a una pobre niña.

—Es verdad, jefe —dice el pirata cocinero, que lleva un alto gorro blanco y tiene aspecto de abuelito bonachón—. Al fin y al cabo ella es solo una y delgaducha, y nosotros somos muchos y fortachones.

—A lo mejor nos estamos pasando, jefe —replica otro pirata que tiene una pata de palo.



—¡Lleved a esta chica a bordo y encerradla en la bodega, donde yo no pueda verla ni oírla! ¡Vamos a zarpar!

Los rudos hombretones se llevan a Juana en volandas mientras ella grita con todas sus fuerzas:

—¡Como se lo diga a mi primo...!

Cuando todos se encuentran a bordo del barco, el capitán se encierra en su camarote resoplando y hablando solo: «Esa chica es una pesadilla. Es imposible que conozca al capitán de *El Loto Negro* y más imposible todavía que ese capitán sea en realidad una capitana».

El barco se hace suavemente a la mar, mientras el jefe de los piratas maquina alguna artimaña para comprobar si es cierto lo que Juana le ha dicho sobre *El Loto Negro*. Después de dar muchas vueltas a su cabezota, tiene una pérfida idea y ordena al grumete:

—Ve a la bodega y trae a la muchachita metomentodo ahora mismo...

5. Un mensaje para *El Loto Negro*

El grumete empuja a Juana al interior del camarote del capitán. Él la mira y ni siquiera dice hola; ella, que no soporta a la gente maleducada, le echa una buena reprimenda:

—Buenos días, capitán Gúmer. ¿No tiene usted lengua para saludar? ¡Vaya manera de tratar a una prisionera! Rompe usted todos los códigos de honor de la piratería. ¡Debería darle vergüenza...!

Pero como Juana es tan servicial, piensa que a lo mejor nadie ha explicado al capitán el código de la piratería y decide ofrecerse para hacerlo:

—Bueeeeno, le perdono, y si usted me lo permite, le ayudaré a repasar el código, porque si tuviera que pasar ahora mismo el examen de capitán pirata, seguro que suspendería.

El capitán empieza a echar humo por las orejas y responde a Juana sin ningún miramiento: